

“LA NUESTRA ES UNA HISTORIA DE TRABAJO”

José Miguel

Los orígenes

Nací un 10 de julio de 1931 en el Paraje San Antonio, a 45 km de la ciudad de Tandil. Fui el quinto de doce hermanos, en una familia con abuelos inmigrantes de España y Dinamarca. Crecí en un pueblo diminuto donde no había más que dos cosas: una estación de ferrocarril y la pequeña fábrica de quesos donde trabajaba mi padre.

Si bien éramos muy humildes, no nos faltaba alimento, ya que mi padre traía leche, queso y manteca del trabajo. Pero se puso más difícil cuando nos mudamos a Tandil. Ahí tuvimos que salir a pelearla. Todos colaborábamos, con el espíritu de trabajo heredado de nuestros abuelos.



La entrada en la metalurgia

En 1947, a los quince años, entré a trabajar en Bariffi Industria Metalúrgica Argentina (BIMA), de los hermanos Donato, José y Francisco Bariffi. Allí trabajaban más de doscientas personas en mecánica y fundición, fabricando respuestas para máquinas agrícolas. La fábrica ocupaba una manzana entera, y antiguamente había sido un molino harinero.

Tuve el honor de ser ayudante de Germán García, un moldeador que más adelante fue uno de los fundadores de Metalúrgica Tandil. Al año siguiente, en el '48, empecé a cursar en la escuela industrial, donde tuve de profesor al mismo

Germán García. Aprendí de él por partida doble, en la escuela y en el trabajo, en la teoría y la práctica. BIMA fue una entrada de lujo al mundo metalúrgico y estuve allí diez años. En 1957, gané un contrato para trabajar de moldeador en Mar del Plata, en una fundición llamada El Crisol. Durante el año en que estuve allá, me casé con Emilia Norma y tuve tres hijos: Silvia Aida, Javier José y Adrián Marcelo.

Volver con una desgracia

Mi contrato en Mar del Plata terminó, y regresé a Tandil con una promesa de trabajo en una empresa llamada La Maleable. Había acordado reunirme con los socios para definir las condiciones. Pero poco antes de aquella reunión, los dueños de la empresa fallecieron en un accidente automovilístico en los pedregosos caminos de las sierras.

En aquel momento, BIMA estaba contratando gente, así que volví con los hermanos Bariffi hasta que, a finales del '58, entré en De La Vega, una empresa con un taller de mecanizado al que después se agregó una fundición. Me contrataron como capataz general, con sesenta y dos personas a mi cargo. Cuatro años después, en tiempos de la caída de Frondizi, aquella firma se fundió, así que el destino me condujo de nuevo a Bariffi, que había sido adquirida por una compañía inglesa. Entré como capataz de la sección pesada.



Abrirse del rubro pero con techo propio

Un tiempo después, los ingleses se fueron. Mi contrato se venció y volví a quedar desempleado. Pero me las rebuscaba. Salía en mi Chevrolet a juntar y vender fierros viejos. Ya no pensaba en la fundición. Con uno de mis hermanos tenía mucho trabajo como albañil. Aquellos conocimientos me permitieron construir mi propia casa. Cada vez que paso por la puerta, me lleno de orgullo. Está tan sólida como cuando la dejé.

La primera empresa propia

Seguí trabajando como albañil y alternando con puestos de capataz en distintas compañías donde enfrenté diversos desafíos, como poner en marcha una fundición de aluminio desde cero. Finalmente, en 1973, cansado de dar vueltas puse mi propia empresa: El Crisol.

La nombré así en honor a la compañía marplatense donde había trabajado años atrás. Con mi socio, Jorge Francisco Porro, compramos un galpón y operamos por nueve años, hasta que decidimos separarnos. Fue una experiencia excelente como empresario.

En 1982, volví a trabajar en relación de dependencia, como jefe de una importante fundición. Tenía setenta empleados a cargo, seis capataces y cuatro inspectores. Allí estuve hasta 1988. En esos últimos años, había inaugurado una pequeña fundición en mi propia casa, donde empecé a trabajar con mi hijo menor, Adrián.

Un proyecto de padre e hijo: Fundición Hierro Tandil S.R.L.

ADRIÁN: Nací en un taller. A los seis años, mi padre ya me había enseñado a fundir, en la vieja fábrica El Crisol. Siempre supe que lo mío era la metalurgia. Tras terminar la primaria, fui un año a la escuela técnica. Y después ya decidí dedicarme a la fundición.





En el '83, con mi padre pusimos un hornito para fundir aluminio en el jardín. Todo muy precario. No teníamos prácticamente herramientas. Pero, aunque éramos humildes, mi papá tenía un buen nombre. Era respetado en la comunidad y todos conocían su seriedad para trabajar. Ese era nuestro principal activo.

Un día de 1988, mientras yo estaba cortando leña, mi padre llegó y me dijo que se había quedado sin trabajo. Yo tenía quince años. Así que nos dedicamos de lleno a este proyecto. Los primeros tiempos fueron duros. Costaba conseguir clientes. Así estuvimos algunos años, en condiciones muy precarias. En el '91, el negocio empezó a tomar vuelo. Compramos unos terrenos a muy buen precio en un remate judicial y nació oficialmente Fundación Hierro Tandil S.R.L. (FHIT), un proyecto de padre e hijo.

JOSÉ: Empezamos en un galpón que, si bien era chico, era incomparablemente mejor que cuando trabajábamos el hierro en nuestro jardín. Fundíamos calderas, bombas de riego, todo a pedido. Con el tiempo, pudimos armar un galpón más grande. Y empezamos a contratar gente. En el '94, dimos un gran salto. En el '95, firmamos algunos contratos importantes. Éramos ocho y hacíamos todo a puro esfuerzo y sacrificio.

Un cambio de capitán en plena tempestad

ADRIÁN: La crisis de 2001 nos pegó fuerte. Si bien teníamos clientes, los pagos se demoraban y los cheques rebotaban. No queríamos despedir gente, porque sabíamos que era casi imposible que consiguieran otro trabajo. Pero el dinero no fluía y no podíamos pagar los sueldos. Algunos empresarios de la ciudad se suicidaron. Nosotros resistimos... como pudimos y gracias al apoyo de nuestra gente. No había trabajo, así que tuvimos que bajar las horas. Primero de ocho a seis. Después de seis a cuatro. Pudimos hacerlo porque había una relación de confianza con nuestra gente. Siempre nos manejamos como una familia. La fábrica se achicó y nos adaptamos. Cuando terminó la crisis, no quedábamos más que seis.

JOSÉ: Tras manejar la empresa en sus primeros diez años de vida, en la crisis de 2001 empecé a depositar el mando en mi hijo, aunque yo siempre seguí trabajando en la empresa.

ADRIÁN: Si bien la crisis fue durísima, había un premio para los sobrevivientes. Los que seguimos en pie nos quedamos con los clientes de los que no lo lograron. Empezaron a llover pedidos. Si bien no teníamos un centavo, estábamos bien armados para responder a la clientela. Volvimos a crecer, a equiparnos y a hacernos más conocidos. En 2005 inauguramos un horno nuevo. Compramos terrenos a los vecinos y ampliamos las instalaciones. En el 2007, reinauguramos la fábrica. En 2008, compramos la planta de enfrente para seguir ampliando la escala. Pero no todo es trabajo en mi vida. Con mi señora Arabel tenemos tres hijos: Nazarena, Natasha y Fermín. Como buen herrero, me apasiona el automovilismo. Soy piloto en una categoría zonal. Disfruto mucho de los fines de semana con mis amigos y la familia.

El futuro

ADRIÁN: Hoy somos quince en la empresa. Hacemos trabajos a pedido o piezas de baja serie, como siempre. Tenemos más de cien clientes. Trabajamos con fábricas que luego exportan nuestros productos a Gran Bretaña y España, entre tantos otros mercados. Siempre respondemos a las necesidades de cada cliente, en tiempo y forma. Nunca nos hemos embarcado en grandes producciones. Mi viejo es muy conservador porque no gasta lo que no tiene. Es que él conoce lo que son las dificultades. Preferimos mantener la empresa pequeña, porque es más ágil para responder a las frecuentes crisis que azotan a nuestro país. En una gran empresa, es difícil cambiar el rumbo.



JOSÉ: Siempre dije que es mejor ir paso a paso que correr y caerse. Estamos felices con lo que hemos logrado, y seguimos trabajando a la par de nuestros obreros. Es que la nuestra es una historia de trabajo.